

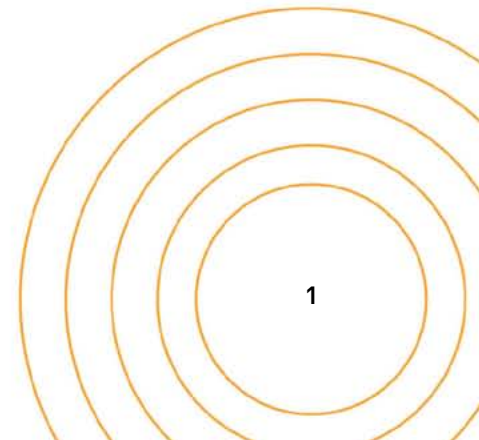
CUARTEL GENERAL

DE COMUNICACIÓN Y ESTRATEGIA



Jornadas de un investigador

RECOPIACIÓN DE ARTÍCULOS
CDMX 2016



Prefacio

Jornadas de un Investigador, es un espacio de reflexión ameno que habla de lo vivencial, lo experiencial, del día a día y de las aventuras que le suceden al equipo de investigación.

Se trata de pequeñas historias o relatos breves que se han utilizado en conferencias, aulas de clase, artículos para revistas o columnas periodísticas y en las que los investigadores que conforman **Cuartel General** narran experiencias que les han surgido a lo largo de su vida profesional

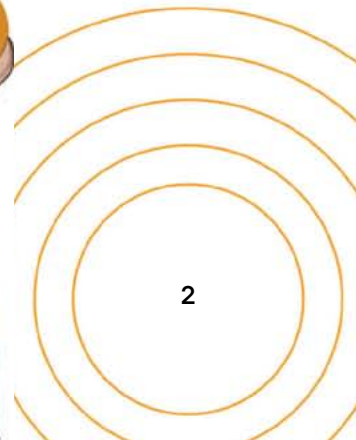
La utilidad de estos artículos consiste en su capacidad de conectar las anécdotas o relatos cotidianos con metáforas o moralejas respecto a la utilización de las herramientas metodológicas durante la investigación, pero de una forma entretenida y vivencial, evitando tecnicismos o textos densos que pierden el vínculo emocional con el lector



eduardo@cuartelgeneral.com.mx

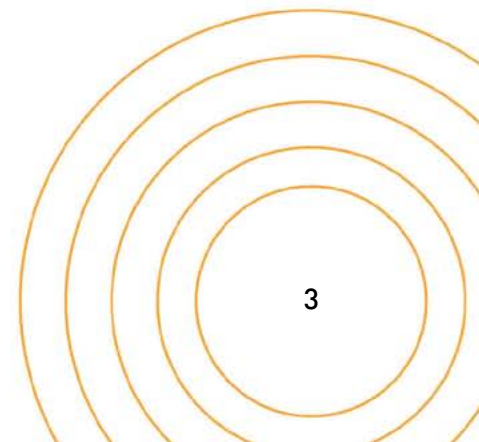


www.cuartelgeneral.com.mx



Índice

Como si fuera yo...	4
Doña Refugio* un espíritu conservacionista	9
El gran recolector y la fuerza del amor	13
El nuevo APGAR (el Apgar de la vivienda)	16
En ca e Cata (En casa de Cata)	19
La lucha por subsistir (y lo importante de entrelazar historias)	21
Me voy, me voy... <i>De prejuicios, metáforas y lenguaje</i>	23
Por favor... ¡no lo despertemos!	27
Una luz de esperanza! La recuperación del negocio familiar	30
Yo me la rifo! Don Blas, filosofía de vida	34



Por Soc. Eduardo Villegas

Como si fuera yo...



Suelo comer todos los días en un restaurante familiar que ofrece un menú muy variado y sano y a precios bastante módicos: el lugar es muy limpio y acogedor y el servicio también lo es, ¡y aunque a veces hay que esperar hasta 15 minutos a que se desocupe una mesa, la espera bien vale la pena! Y es que el restaurante no está equipado con una barra y sillas individuales para recibir a los comensales que acudimos solos al lugar, las mesas de menor capacidad son las de mínimo dos comensales. En una ocasión se acercó el mesero y me preguntó si no tenía inconveniente en compartir la mesa con otro comensal que también venía solo.

Fue así como conocí a Ramiro. Un hombre muy alto y fornido, siempre de sonrisa amable a quien ya había visto en aquel lugar, lo reconocí pues su altura hacía que fuera imposible no voltearlo a ver, y siempre viste de traje y corbata oscuros. Al platicar con él me enteré que tenía ya más de 57 años de edad, hijos universitarios o profesionistas y dos nietos. ¿Cómo le haces Ramiro para mantenerte en tan buena forma?, yo tengo 7 años menos que tú y parezco tu abuelo!, le comenté: “mucho ejercicio y una buena alimentación, pero es que mi trabajo me lo exige”. ¿Pues a qué te dedicas?, le pregunté yo: “Soy guardia de seguridad en una empresa privada y me toca ver la seguridad del mero dueño, no me puedo dar el lujo de tener un gramo más de grasa y siempre me exigen el traje, la corbata, el cabello corto y el bigote recortado”.

En ese momento su historia logró engancharme y me preparé para un gran banquete, no el de la comida del restaurante, sino el que Ramiro comenzaba a sazonar al platicarme acerca de ese mundo que muchas veces nos resulta intrigante, totalmente misterioso, y muy ajeno a la cotidianidad de la gran mayoría de los mortales. Mi espíritu investigador saltó por delante y me dispuse a hacer miles de preguntas pero, sobre todo, a escuchar lo que Ramiro tenía por platicar.

Resulta que Ramiro es jefe de guardias y por ello le toca no sólo atender “al



mero patrón”, como él dice (es decir, al dueño de una gran empresa mexicana de alcance internacional), sino también coordinar a todo el cuerpo de seguridad de los funcionarios más altos de la empresa y de sus respectivas familias.



Ramiro me contó que ha recibido importantes y recurrentes capacitaciones en el extranjero, sobre todo con el ejército israelita, pero también en Alemania, en Estados Unidos e incluso en México y que dichas capacitaciones no sólo se refieren a temas de defensa personal y artes marciales, sino de manejo de armas y explosivos, conducción de vehículos blindados en condiciones adversas, primeros auxilios, herramientas de negociación y persuasión en situaciones de crisis, etc. Conforme Ramiro hablaba mi admiración hacia él, hacia su nivel de preparación y al profesionalismo que siempre mostraba iban creciendo. De hecho, me confesó que en ese momento se encontraba un cuanto incómodo en el restaurante pues el lugar que le tocó ocupar en la mesa donde ambos comíamos daba a espaldas de la entrada principal y él prefería siempre estar mirando los accesos principales de los lugares a los que iba “... pero bueno, estoy en mi momento de descanso y necesito regresar puntual con mi jefe, así es que te agradezco que hayas aceptado compartir la mesa”. Y sin más le dio un par de sorbos a la sopa, dejó un billete de \$100 que cubría la totalidad de su consumo incluyendo propina y se despidió abrupta y repentinamente.

Volvía a coincidir con Ramiro unas tres o cuatro ocasiones más y tras la amistad que ya habíamos establecido se volvió costumbre que cuando alguno de los dos llegáramos al restaurante checábamos para ver si el otro comensal ya estaba dentro y compartir así la mesa y continuar la plática justo donde la habíamos dejado.

Ramiro me explicaba cómo era la estructura de los vidrios, las puertas y hasta las llantas de los autos y camionetas blindadas y me comentó que existía toda una serie de señales que los guardias de seguridad se hacían con brazos y manos o con las direccionales, las intermitentes y hasta las luces de los autos para que los escoltas que componían la caravana de vehículos que acompañaban



a los funcionarios pudieran coordinarse durante los trayectos. Por supuesto (y dado el profesionalismo de Ramiro), nunca me reveló los significados de las diversas señas, sólo se limitó a explicarme que existían.



En algún momento, y ya entrados en confianza, le tuve que confesar que a mí en muchas ocasiones me molestaba sobre manera cómo los guardias de seguridad te aventaban el auto encima si al conducir tu auto (y sin querer o buscando librar a tiempo una salida o un semáforo), tratabas de colocarte entre el vehículo escoltado y el de los guardias. “Te entiendo Eduardo, muchas personas no conocen nuestra función y nos humillan o se expresan con términos muy despectivos hacia nosotros, no nos bajan de guarros, cafres, prepotentes y neandertales, pero tenemos una función que cumplir”

Y me seguía platicando entusiasmado y orgulloso que en muchas ocasiones le había tocado conocer personajes de talla internacional muy famosos y respetables que venían de visita a México y a quienes solía recibir y proteger durante toda su estancia. También me comentó de la gran cantidad de felicitaciones y reconocimientos públicos que ha recibido de dichos personajes y hasta ofertas de trabajo e invitaciones a residir en el extranjero como guardia de seguridad de estos personajes famosos. “Pero aquí tengo a mi familia, a mi esposa, a mis hijos y a mis nietos, y aunque los veo muy poco prefiero aprovechar cualquier ratito libre para verlos, aunque muchas veces el jefe cambia su itinerario y me quedo días, y a veces semanas sin visitarlos!”

Ramiro comentó que a veces le ha tocado trabajar todo el periodo vacacional cuidando a su jefe y familia mientras éstos se encuentran en algún destino de playa... “Sí Eduardo, con traje, con arma, zapatos y con el sol a plomo todo el día. Por las noches tienes que estar atento a cualquier situación que pudiera suceder, y aunque montamos guardias, no siempre logras un sueño reparador durante las horas que te toca descansar. Y el problema es que una vez que el jefe termina sus vacaciones ya le toca trabajar y ahí tienes que estar: una vez, después de un mes de vacaciones y cuando ya veníamos regresando me dijo, ‘Ramiro, prepara tus cosas porque estaremos dos meses en Europa y salimos mañana’, y ni modo, sólo tuve una noche libre para que mi familia me pusiera



al tanto de lo que había pasado en el último mes y para despedirme por los siguientes dos meses que me tocaría trabajar fuera del país. Y falta decirte que diario tengo que hacer ejercicio, natación, caminata, práctica de tiro y manejo, siempre hay que estar en forma”.



¡Pero eso no es vida Ramiro!, le dije al escuchar ese episodio que recién contaba y que me impactó. “Lo sé. Pero tengo un jefe muy buena onda y muy generoso, en ocasiones cuando vamos a un restaurante y los encargados no nos tratan bien o rápido mi jefe los manda llamar y les dice que por favor nos atiendan bien. Una vez le dijo al mesero, ‘a Ramiro sírvele rápido y lo que él pida, porque Ramiro es como si fuera yo’ y la verdad es que yo me sentí muy bien y muy reconocido”

Esa tarde me despedí de Ramiro sintiendo una profunda admiración por la entrega a su trabajo y la compostura que guardaba hacia su profesión y me fui a casa para investigar un poco más de esta industria, descubriendo que dados los altos índices de violencia y delincuencia en el país se ha dado un fuerte impulso a la industria de la seguridad privada, la cual alcanza un valor de mercado cercano a 1 por ciento del Producto Interno Bruto, PIB (cercano a los 160 mil millones de pesos) y un crecimiento anual sostenido del 40% al cierre del 2012.

El presidente de la Asociación Mexicana de Seguridad Privada, Información, Rastreo e Inteligencia (AMISARIA por sus siglas), afirmó que al cierre de 2013 los industriales del ramo ya preveían un crecimiento de por lo menos 60%, la cifra más alta alcanzada desde el 2000, cuando comenzó un desarrollo mucho más significativo de estas empresas, a la par que la inseguridad empezó a registrar datos alarmantes. Explicó que las ramas que mayor demanda de servicios tienen son los guardias de seguridad, los sistemas de circuito cerrado de televisión, los centros de monitoreo, alarmas en casa habitación y guardaespaldas, entre otros. Para diversas empresas el gasto en seguridad ya representa por lo menos 10 por ciento de sus costos totales.

Mi último encuentro con Ramiro fue hace un poco más de un mes, ya no lo he vuelto a ver desde entonces y asumo que debe estar de viaje acompañando





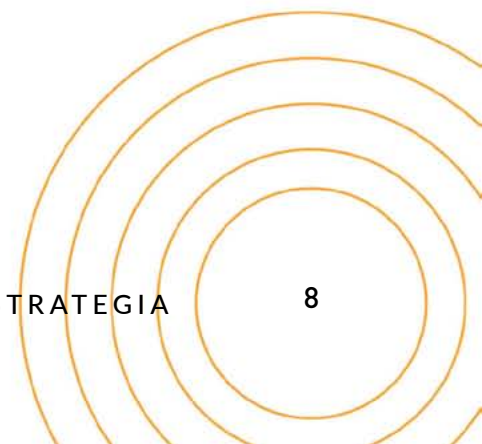
ÍNDICE



a su jefe. En esa ocasión Ramiro dijo algo que me congeló por completo: yo seguía obsesionado con el tema de los vehículos y las llantas blindadas y de cómo poder operar y controlar un vehículo al que ya le habían baleado los neumáticos sin perder el control de la unidad y manteniendo una velocidad constante que le permitiera huir de sus agresores. Ramiro me platicaba de los rellenos duros que se encuentran adheridos al rin de los neumáticos y de los chalecos antibalas que los guardias siempre llevaban puestos y entonces yo lo interrumpí diciendo: me imagino Ramiro que tu jefe debe de llevar algún chaleco anti balas o una de esas camisas ligeras que dicen que ya ofrecen cierto nivel de blindaje y protección y Ramiro respondió: “No Eduardo, mi jefe viste ropa normal, yo soy su chaleco blindado, esa es mi función y para eso me pagan, para ponerme entre la bala y él...”

Ahí terminó la última charla con Ramiro y ahí comenzó mi profunda admiración y respeto por los cuerpos de seguridad y su loable y silenciosa labor. Las palabras del jefe de Ramiro frente a aquel mesero que no lo atendía correctamente en cierta ocasión comenzaron a cobrar fuerza en mi mente y aunque tal vez el jefe no medía la fuerza de sus palabras, para mi cobraron todo el sentido del mundo “Traten a Ramiro como si fuera yo...”

Hoy comprendo que Ramiro vive todos los días poniendo en riesgo su vida por la de su jefe, “como si fuera él”.



Por Soc. Eduardo Villegas

Doña Refugio* un espíritu conservacionista



El presente escrito tiene como propósito narrar lo que en su momento se convirtió en un documental que describía, a través de imágenes, sonidos y pequeños fragmentos de entrevistas, el acontecer cotidiano en diversas rancherías y comunidades rurales de México.

Se trataba de pequeñas historias de vida que una importante compañía de cuidado oral llevó a cabo en diversas zonas del país a finales de la década de los 80's y en la que se mostraban los hábitos de limpieza bucal de los entrevistados y la relación de éstos con diversos productos de la categoría. Es quizá de las primeras aproximaciones de estudios de mercado, con enfoque etnográfico y de antropología visual, que se efectuaban en México.

En alguna sección del documental apareció Doña Refugio, el personaje central de esta historia y de quien sin duda hay mucho que aprender y reflexionar. Doña Refugio era una mujer de rostro amable y sereno, pese a sus 92 años de edad y a la inmensa cantidad de arrugas y de manchas de sol que marcaban su piel; se trataba de una mujer que reflejaba en cada conducta, en cada movimiento y en cada lento respirar la sabiduría que otorgan nueve décadas de vida acumulada y de experiencias auestas. Nunca me dejó de sorprender la naturalidad con la que se comportaba frente a la cámara, la capacidad para realizar sus actividades como si ésta no existiera y la franqueza con la que era capaz de mirar a la lente y conversar fluida e ininterrumpidamente como si estuviera hablando con algún familiar muy cercano

Como equipo investigador teníamos el reto y la tarea de capturar todos aquellos hábitos de higiene bucal que caracterizaban a nuestra protagonista, así como los ritos de limpieza que ella efectuaba, las más de las veces ya de forma mecánica o casi inconsciente.

Doña Refugio era una gran conversadora y le gustaba sonreír tras cada comentario o pregunta que hacía ante la cámara, siempre pensé que esa sonrisa





era un compás de espera que ella abría para que uno supiera que sus respuestas y comentarios eran bienvenidos para ella, toda su postura y conducta corporal le recordaban a uno que la hospitalidad de Doña Refugio no solo era en su casa, sino que se extendía hasta su alma. Ella conservaba aún más de 9 dientes de su boca y los portaba con orgullo "... son mis tesoros", decía mientras reía abriendo la boca, mostrando sendos trofeos y golpeándolos con la uña de su dedo índice para hacer constar la "dureza y salud" de los mismos, "gracias a ellos aún puedo masticar y saborear las cosas que me gustan"

Todos los detalles y ritos de limpieza quedaron registrados en aquel documental, desde el esmero con que limpiaba su dentadura con el cepillo y el uso de la tortilla quemada para tallar y blanquear los dientes, hasta los repetidos y enérgicos buches con agua que Doña Refugio hacía una y otra vez mientras eliminaba los residuos de carbón de tortilla que se alojaban entre sus escasos dientes. Aunque eran muy pocos, los dientes de Doña Refugio sí se apreciaban fuertes, blancos y sanos, reflejaban claramente el cuidado y atención que ella les dedicaba y la importancia que les confería por ser utensilios que le garantizaban disfrutar sus alimentos

Tras cada buche, ella escupía esas bocanadas de agua que bebía desde una pequeña taza de peltre que también hacía las funciones de olla para hervir (así lo dejaban ver las manchas de tizne en la base de aquel recipiente), y las esparcía equitativamente entre todas las matas, arbustos y pequeños arboles que cercaban su diminuta casita de un solo ambiente y visible pobreza. Antes de que pudiéramos preguntar por qué hacía eso, Doña Refugio se nos adelantó diciendo: "... aguita pa' que crezcan y me sigan dando oxígeno", y proseguía con sus bocanadas de agua y el enjuague de su boca prolongando el rito una y otra vez, sin prisa alguna pues, total, la batería de la cámara, la vida útil del rollo y el guion del documental no eran temas que le preocuparan a ella.

El detalle más estremecedor para todos los investigadores, o al menos así lo fue para mí y me marcó para siempre, sucedió en el momento en que Doña Refugio procedió, como todos los días, a guardar su cepillo de dientes, mismo que "¡ya tiene más de cinco años conmigo!" (comentaba orgullosa y en voz





alta pero casi conversando para sí misma, como haciendo un recuento e inventario de sus pertenencias y de las batallas que habían vivido juntas): tomó un pequeño trapo de manta que tenía la apariencia de una venda y comenzó a envolver la cabeza del cepillo dental imprimiendo bastante fuerza en cada vuelta, la fuerza que sus manos temblorosas y su evidente problema de artritis le permitían ejercer.

Lo que ella buscaba, sin duda alguna, era preservar firmes y rectas todas y cada una de las cerdas del cepillo, para que éste se conservara en perfecto estado y le siguiera siendo útil por muchos años más. Doña Refugio tenía la firme intención de que su cepillo de dientes fuera uno más de esos testigos silenciosos que daban cuenta de su existir en aquel pequeño poblado que la vio nacer y que, seguramente la, vería culminar su larga vida!

Hoy día que vuelvo a recordar aquel episodio que les he narrado y todo lo que a través de ese documental aprendí de Doña Refugio y de su historia de vida me vuelvo a preguntar: ¿Qué ha hecho que los seres humanos nos olvidemos de la importancia de preservar y cuidar los bienes que nos rodean?, ¿hasta dónde la cultura del consumo nos coloca en una desenfrenada dinámica de 'desechabilidad', de desperdicio, de excesiva producción de toneladas de basura?, ¿de maltrato o indiferencia a las plantas y a los árboles que nos dan vida?... Volteemos un poco, empresas, consumidores, gobernantes y ciudadanos a ver las enseñanzas de Doña Refugio, a cuidar nuestros bienes y nuestros recursos, a reutilizar el agua para propiciar vida, a generar negocios sustentables con alma verde y, sobre todo, a sonreír a boca abierta con la satisfacción de la tarea cumplida y la conciencia en armonía con nuestro entorno.

El pasado 6 de junio del año en curso se realizó la Segunda Cumbre Mundial de Legisladores GLOBE, por sus siglas en inglés (Organización Global de Legisladores por un Medio Ambiente Balanceado), que es reconocida por la Organización de las Naciones Unidas y reúne a más de 300 parlamentarios de 80 países que trabajan en acciones comunes en beneficio del medio ambiente.

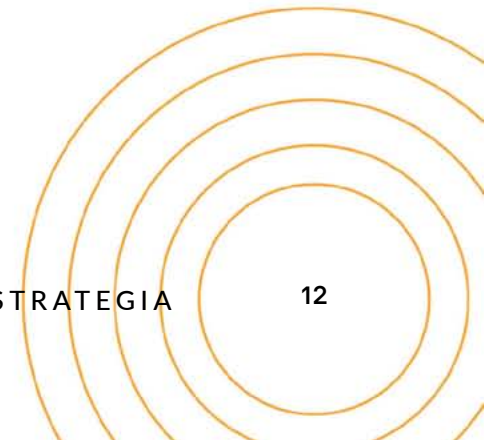
México es pionero en el tema de cambio climático, pues es el segundo país



en aprobar una Ley General en la materia (el 6 de junio del 2012, de ahí que se buscara arrancar la 2ª Cumbre justo en dicha fecha), esperemos que el espíritu conservacionista de Doña Refugio siga inspirando estos esfuerzos y nos vuelva a conectar en armonía y reconciliación con nuestro mundo.



*Nombre ficticio para proteger la identidad del protagonista y describir su espíritu conservacionista.



Por Soc. Eduardo Villegas

El gran recolector y la fuerza del amor



Esta es la historia de ‘Moyo’ un chavo hoy adolescente y alto pero que hace un par de años era un niño pequeño, simpático, despierto, de grandes ojos y mirada expresiva. Moyo adoraba permanecer toda la tarde en su cuarto con videojuegos en línea, caricaturas, videos chuscos en YouTube, su cuenta de Facebook, la tablet o el celular entre las manos y, por supuesto, la música a todo lo que da, a través de sus audífonos, mientras realizaba simultáneamente casi todas las actividades que he descrito (¡qué capacidad tienen los niños de ahora para realizar infinidad de tareas a la vez y salir relativamente bien librados!)

Salir a caminar, patear la pelota, jugar con el perro o bañarlo, andar en bici o simplemente darle la vuelta a la manzana y respirar aire fresco, entre muchas otras sugerencias de su mamá, eran actividades impensables para él y se convertían en una enorme pérdida de tiempo que le impedían disfrutar su programa favorito, dar seguimiento a sus amigos en redes sociales, o ganarle el combate del juego online a su contrincante virtual, mientras permanecía todo el tiempo acostado en su cama.

Moyo era uno de esos tantos niños que crecen con una mínima supervisión directa y constante por parte de sus padres debido a que el núcleo familiar en el que vive se ha transformado radicalmente: su mamá es una mujer divorciada y trabajadora incansable que ante la ausencia de una pensión para poder mantener a sus dos hijos adolescentes, tenía que trabajar doble turno y en ocasiones hasta viajar a otras entidades del país. El de Moyo era uno más de esos hogares que diariamente engruesan las estadísticas de núcleos familiares en los que las madres se convierten a, su vez, en jefas de familia y proveedoras únicas del hogar

Aunque Moyo adoraba la tecnología y gran parte de su tiempo era absorbido por ésta, yo lo definiría en aquella etapa de su vida como un gran recolector de bebidas azucaradas, harinas, dulces y frituras que iba acumulando y resguardando entre las sábanas de su cama, debajo de la almohada, en el colchón, en





los cajones entre la ropa y hasta debajo de la cama, y consumiéndolos de poco a poco a lo largo de la semana. Muchas veces los restos de esos dulces, esas envolturas vacías o el plato del postre o cereal aparecían debajo de las cobijas o debajo de la cama: todos ellos eran los últimos rastros o, más aún, los testigos silenciosos de una infancia sedentaria, de un no óptimo rendimiento escolar dadas las pocas horas de estudio o las tareas inconclusas y las largas noches en vela que le impedían conciliar el sueño pues su cerebro se encontraba aún enganchado, en alerta y sobre excitado de estímulos visuales, auditivos y de los excesos de glucosa que había acumulado a lo largo del día.

Pero también, todas esas envolturas, utensilios y recipientes vacíos daban cuenta de la necesidad de una “nutrición afectiva” que no llegaba a la vida de Moyo y que, en cambio, era compensada o mal sustituida por todos esos productos y alimentos que simbólicamente abrazaban a Moyo (como seguramente abrazaron en su momento a Manuel Uribe, considerado alguna vez la persona más obesa del mundo según record Guinness del 2006, con 560 kilos de peso, y quien murió el pasado 26 de mayo en su natal Monterrey)

Hoy las cifras de obesidad resultan verdaderamente alarmantes. Según la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición, México ha estado inmerso en una creciente espiral de sobrepeso y obesidad, desde finales de la década de los 80's y hasta después del 2005 con crecimientos promedio anuales del 2% y un acumulado de más del 20%. Entre niños el incremento también fue exponencial y es por ello que hoy en día uno de cada tres niños ya tiene serios problemas de sobrepeso u obesidad, colocando a México en primer lugar mundial en materia de sobrepeso y obesidad infantil

Pero siguiendo con la historia de Moyo podría decirles que la adolescencia llegó a su puerta y junto con ella el deseo de gustarle a la chica nueva del salón, era evidente que Moyo se había sentido profundamente atraído por ella y deseoso de llamar su atención, tan es así que volvió a desempolvar su guitarra y a afinar y reponer aquellas cuerdas que le hacían falta. Moyo comienza hoy a mostrar signos de acné en su rostro y a experimentar sus primeras heridas en la tez ocasionadas por el uso del rastrillo. En su baño, además del gel para peinar



que ya forma parte de los activos fijos de toda su vida, hay nuevos artículos de cuidado personal que antes no figuraban en su stock: un par de lociones, dos marcas de desodorante, la espuma para rasurar, los repuestos de navaja para afeitarse y hasta dos marcas distintas de pasta de dientes



ÍNDICE



Se desconocen los daños colaterales que la desmedida ingesta de azúcares, sodio y carbohidratos hayan traído al estado de salud general de Moyo, pero queda la esperanza de que el amor se convierta en el motor del cambio en su vida y que sea el impulso que lo motive a moverse más, a hacer ejercicio, a cuidar su salud y a abandonar unos cuantos kilos de más que aún permanecen tras a la gran estirada que dio.

Con tristeza veo diariamente en mis diversos estudios y segmentos entrevistados reacciones de molestia y disgusto en los ciudadanos por el impuesto a refrescos y alimentos de alta densidad calórica, en los niños desilusión argumentando el cambio de hábitos alimentarios de las cooperativas escolares, en los padres de familia impotencia por la obligatoriedad en suministrar agua simple y verduras o frutas en el lunch de sus hijos siendo que éstos se los rechazan, a los cañeros que ven amenazadas sus cosechas y sus ingresos, a los fabricantes de alimentos y bebidas que denuncian pérdidas importantes en volúmenes de venta o participación de mercado, a los profesores que ven a sus alumnos indiferentes ante el ejercicio, con bajo rendimiento académico y sin la adecuada atención y contención paterna.

Comprendo, entiendo y en ocasiones hasta justifico las diversas posturas que escucho, las parciales verdades que todos los actores esgrimen como argumentos para defender sus puntos de vista. Pero poco he escuchado del deseo y voluntad de que todos contribuyamos, como sociedad, a formar generaciones más sanas, a no alentar infancias fallidas, a erradicar o al menos disminuir los ambientes obesogénicos que rodean el entorno infantil, y a desear que sea la fuerza del amor a nuestros niños y su futuro lo que nos impulse a trabajar, en colectivo, por sacarlos adelante.



Por Soc. Eduardo Villegas

El nuevo APGAR (el Apgar de la vivienda)



Se le denomina Apgar a la puntuación que los médicos encargados del manejo de recién nacidos le otorgan a los bebés justo al momento de su nacimiento. El Apgar mide cinco puntos fundamentales: 1) Respiración/llanto, 2) Irritabilidad refleja, 3) Pulso/ritmo cardíaco, 4) Coloración de la piel en cuerpo y extremidades y 5) Tono muscular

Estos son los cinco puntos con los que los médicos pediatras y neonatólogos miden el estado de salud de los recién nacidos en dos momentos consecutivos: el primero justo al momento de nacer y el segundo al haber transcurrido los primeros 5 minutos de vida. El nombre de la puntuación corresponde al apellido de la médico neonatóloga y anestésista estadounidense que ideó este test: Virginia Apgar (New Jersey 1909- Nueva York 1974).

Se trata de conocer en qué condición nacen los niños y si por alguna razón se les encuentra bajos en su Apgar el médico puede tener injerencia en el destino del pequeño y tomar las medidas o hacer las maniobras pertinentes a fin de optimizar su condición de salud y elevar su calificación en el minuto 5.

Yo desconocía la existencia de dicha medida y su relevancia y utilidad en la vida de un individuo. Supe de ella a raíz de mi entrada al Centro de Investigación Materno Infantil del Grupo de Estudios al Nacimiento (CimiGen) en el año 1987, en donde por invitación del Dr. Carlos Vargas (que en paz descansa), formé parte del equipo multidisciplinario de investigadores que buscábamos reducir los riesgos que incidían en una elevada tasa de defectos al nacimiento en la zonas sub urbanas de la Ciudad de México: me refiero a defectos como bajo peso al nacer, sufrimiento fetal agudo, labio leporino y paladar hendido, entre otros.

En el CimiGen partíamos de la hipótesis de que en la medida que se redujeran los factores de riesgo tanto en el entorno del neonato como en el manejo del parto, se disminuirían también, en la misma proporción, la incidencia de los de-



fectos al nacimiento. Es por ello que se tomaron dos medidas fundamentales:

La primera de ellas fue tratar de erradicar los nacimientos en domicilio y disminuir así el protagonismo de las denominadas parteras empíricas en dichas zonas sub urbanas. Sin embargo, la población opuso resistencia y lejos de acudir al CimiGen a atender sus partos, optó por aferrarse aún más a la figura de la partera empírica dado que formaba parte de sus usos y costumbres. Meses después logramos afrontar esa problemática con una estrategia que consistía en atender partos a domicilio pero asistidos por Enfermeras Obstétricas Tituladas en sustitución de la partera empírica: de esa manera, no nos oponíamos a los usos y costumbres sociales, pero garantizábamos condiciones más salubres y asépticas y un manejo integral del parto (incluyendo la triada madre-bebé-familiares cercanos), y sin despojar de sus fuertes cargas afectivas y simbólicas a tan maravilloso y trascendental suceso familiar y comunitario

La segunda consistió en implementar, por iniciativa del Dr. Carlos Vargas, un índice denominado Apgar de la Vivienda y que, al igual que el Apgar del nacimiento, buscaba poder medir en qué condiciones se encontraba el entorno ambiental bajo el cual habría de nacer el nuevo bebé. En un principio, como investigador social, me opuse a contar con una escala numérica que calificara la vivienda (alegando que la problemática de la vivienda y la convivencia familiar en dicho entorno era un fenómeno multifactorial que debía analizarse tanto con datos duros como con la observación del entorno y otras variables cualitativas que tenían que ver con el tamaño del núcleo familiar y su densidad en metros cuadrados, la apropiación de los diversos espacios físicos de la vivienda, y la cantidad y variedad de áreas o ambientes con que contaba (dormitorios, sala de estar, comedor o antecomedor, etc.)

El resultado final del Apgar de la Vivienda fue un indicador cualitativo y cuantitativo que asignaba un determinado puntaje al hogar considerando: 1) el total de espacios físicos con que contaba el hogar, 2) la presencia de un espacio aislado y ventilado destinado para cocinar, 3) un espacio privado y con drenaje para el escusado o WC, o cuando menos una letrina alejada de la vivienda y lo suficientemente profunda para una adecuada absorción de los desechos



ÍNDICE



(el puntaje variaba, obviamente, entre escusado y letrina), 4) la presencia de cuando menos un dormitorio separado del resto de los ambientes públicos o colectivos (especialmente del baño y/o cocina) y finalmente 5) un piso firme con cemento o algún otro acabado.



En los archivos de información y estadística que preparaba el CimiGen cada bimestre se podía observar claramente la enorme correlación entre un alto puntaje del Apgar de la Vivienda no sólo con el Apgar del bebé durante el primer minuto de vida, sino también con la importante reducción de riesgos en cuanto a defectos al nacimiento que se fue presentando en la zona de influencia del CimiGen.

Años después, y a partir de la constitución de la AMAI en 1992 (Asociación Mexicana de Agencias de Inteligencia de Mercados y Opinión Pública), se constituyó el comité de Niveles Socioeconómicos presidido por el talentoso Dr. Heriberto López, que comenzó a hacer esfuerzos para contar con un índice confiable que pudiera determinar rápida y fácilmente el nivel socioeconómico de las personas. Dicho índice, que hoy está compuesto por 8 variables (de ahí que se le conozca como la regla 8x7 de la AMAI), contempla entre otros aspectos, la cantidad de espacios o ambientes en la vivienda (además del baño y la cocina), así como las características del piso en el hogar y sus acabados

Quiero terminar este artículo felicitando a todos los ciudadanos que habitan el estado de Querétaro pues a principios del año en curso San Joaquín logró constituirse oficialmente en el primer municipio de toda la República Mexicana en contar con 100% de cobertura en todos los servicios (agua, luz, electricidad y piso firme), se dice fácil y rápido pero es un gran logro que involucra a todos los queretanos. Ojalá en poco tiempo las estadísticas de Salud y de Población y Vivienda den cuenta de que los índices de defectos al nacimiento disminuyen en la medida en que aumenta la calidad de vida en el municipio... Mientras eso sucede, convoco a todos los lectores de este espacio a que juntos celebremos y felicitemos a Querétaro y a su bebé San Joaquín por haber obtenido un Apgar tan alto en su primer y su quinto minutos de vida...

Las estadísticas de encargarán de darnos cuenta de cómo irá siendo su crecimiento y desarrollo posterior!



Por Soc. Eduardo Villegas

En ca e Cata (En casa de Cata)



En el tronco común de la UAM-X (Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco), donde ingresé en el 83 para cursar la carrera de Sociología, había estudiantes de todas las áreas y disciplinas pues una de las apuestas más importantes del modelo educativo de la UAM era la “multidisciplinareidad”. En la primera práctica de campo que realizamos en una comunidad rural del estado de Hidalgo, mi equipo estaba conformado por Lety, una chica con conocimientos de enfermería, Manuel, un tipo muy audaz que quería ser ingeniero, mi amigo y tocayo Lalo, quien iba para psicología y por mí, que estaba pretendiendo especializarme en sociología rural.

En aquel poblado conocimos a Cata, una mujer relativamente joven quien recién había enviudado no sin antes haber quedado embarazada de su primer hijo: el suyo, nos pareció un caso interesante para realizar las prácticas. Cada mañana que salíamos desde la escuela primaria en la que acampábamos hacia la casa de Cata (para llevar a cabo nuestras tareas de investigación), nos topábamos con Don Ramiro, un hombre mayor que recorría todo el poblado de bastas extensiones y casas muy separadas entre sí con su burro cargado de pulque y agua miel, así se ganaba la vida aquél hombre. Se volvió una costumbre que cada mañana Don Ramiro nos despidiera diciendo “los miro luego, en ca e Cata”, pues él terminaba su recorrido de cada día justo en aquella última y más apartada casa del pueblo: la casa de Cata.

Una mañana Cata no salió a recibirnos, como era habitual, con su gran sonrisa y su plática interminable, ¡se hallaba postrada sobre un petate en pleno trabajo de parto!, alrededor del fuego central de su vivienda (un cuarto redondo, propiamente dicho), había trapos de manta, una olla de peltre con agua y un par de piedras dentro, así como una pequeña montaña de tierra que Cata había colocado allí por alguna razón. Lety, nuestra compañera de equipo, se arrodilló de inmediato para asistirle (como enfermera parecía saber muy bien lo que hacía), nosotros, los hombres, dábamos vueltas confundidos y asustados sin saber qué hacer. Afortunadamente ellas sí tenían claro el proceso y, tras el

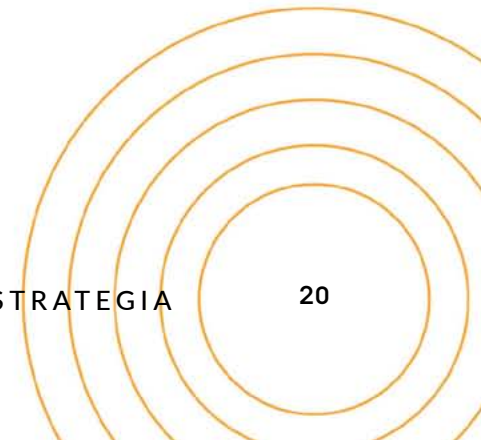


susto e impacto iniciales, nos orientaron tan bien que resultó fácil auxiliarlas.

Cata empinaba sobre su boca una y otra vez un frasquito lleno de pulque y bebía desesperadamente pretendiendo alejar el dolor mientras pujaba, Lety hervía el agua sobre el fuego y le indicaba a Cata cómo respirar para no hiperventilar, Manuel y yo colábamos la tierra con una manta de cielo para extraer un fino polvo libre de piedras, mi tocayo registraba todo el suceso en su libreta, ¡escribía sin parar!

Luego de hora y media de esfuerzos, sudores y nervios conjuntos el niño nació. Cata cortó el cordón machacándolo con las piedras hervidas, nosotros nos encargamos de preparar la cataplasma de barro húmedo y caliente con la que posteriormente se envolvería el vientre del bebé protegiendo su ombligo, Lety limpiaba el lugar, aseando a la madre y al hijo y arropándolos... Lalo, mi tocayo, nos hacía señas en silencio indicando que había llegado el momento de retirarnos y dejarlos descansar.

Ese hecho maravilloso que tuve la dicha de presenciar fue el antecedente que sirvió para que pocos años después, junto con un equipo multidisciplinario de médicos generales, enfermeras, trabajadoras sociales, psicólogos y ginecólogos, pudiéramos arrancar el servicio de Partos a Domicilio asistidos por enfermeras obstétricas en zonas suburbanas del sur de la capital; un servicio cuyo espíritu era preservar la tradición de la partera empírica minimizando los riesgos de salud. Todo ello se gestó algún día, en ca e Cata!



Por Soc. Eduardo Villegas

La lucha por subsistir (y lo importante de entrelazar historias)



Una mañana en el Serengeti presenciamos la repentina persecución de una hembra guepardo o cheetah -quien minutos antes había resguardado a sus cinco crías bajo las raíces de una acacia- contra una gacela de Thompson que se encontraba pastando también con sus crías en aquella extensa sabana. La persecución fue tan exitosa que culminó en cacería: la gacela se prestó como carnada buscando, instintivamente, salvaguardar la vida de sus crías frente a la inminente presencia del cheetah que debido a su destreza y velocidad les había ganado la partida.

La hembra guepardo estaba exhausta, rodeaba a la gacela con sus patas delanteras e intentaba arrastrarla hacia la guarida o, al menos, al matorral más cercano, pero el esfuerzo había sido mayúsculo y no lograba conseguir más fuerzas para mover a su presa. Eso ya no importaba tanto, después de todo había obtenido la comida para sus pequeños cachorros y los llamaba para que se acercaran a disfrutar del gran banquete. Aunque ese hecho me llenó de felicidad, no podía dejar de pensar en el incierto destino de las pequeñas crías de gacela de Thompson que se alejaban sin parar y que pronto requerirían de alimento para subsistir, crías que en su desesperada búsqueda terminarían siendo, sin duda, el alimento de algún otro depredador.

Al tiempo que los pequeños guepardos se alimentaban, la madre no dejaba de ver hacia el horizonte vigilando que ningún carroñero se acercara al lugar. Segundos después, nuestro guía en completo silencio hacía señas para que a través de nuestros binoculares observáramos la trayectoria de una hiena que se dirigía hacia la escena y avanzaba velozmente a unos 800 metros de distancia. No tuve otra opción que romper el silencio y manifestar mi rabia frente al oportunismo de ese carroñero que no había hecho esfuerzo alguno por obtener el alimento que estaba a punto de robar!. El guía me volteó a ver y en lugar de brindarme consuelo o sumarse a mi enojo solo hizo la siguiente pregunta-reflexión: “¿sabías que esa hiena ha caminado más de tres días en busca de comida para poder llevar algo de alimento a sus crías que también



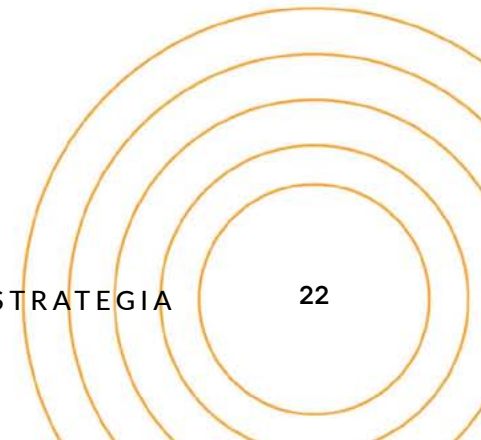


ÍNDICE



se encuentran solas y desprotegidas en algún lugar del Serengueti?... si ahora consigue aunque sea un bocado, aún le quedan 3 días de regreso para reunirse con sus cachorros”. Me habían sorprendido la destreza, la velocidad, la vista y el estoicismo de todos y cada uno de aquellos cazadores y sobrevivientes de la sabana africana, pero en aquel instante reparé que había otra historia que se entrelazaba al gran suceso que viví ese día: esa historia tenía que ver con la visión, la sabiduría y el buen tino de nuestro guía para hacernos vivir oportunamente todas esas historias.

No podemos aproximarnos a observar e investigar un fenómeno y generar recomendaciones y estrategias de acción para nuestros clientes sin antes haber hecho las conexiones necesarias para entender todas las variables y procesos involucrados en el entorno que exploramos. Los juicios de valor podrán servirnos en historias personales o para educar a nuestros hijos, pero en nuestra profesión seguramente nublarán y parcializarán nuestra visión y nuestro propio observador.



Por Soc. Eduardo Villegas

Me voy, me voy... *De prejuicios, metáforas y lenguaje*



Conocí al Dr. Valero, médico ginecobstetra, en aquellos años en que formé parte del equipo multidisciplinario de investigadores del CIMI-GEN (Centro de Investigación Materno Infantil del Grupo de Estudios al Nacimiento). Al Dr. Valero y a mí nos tocó realizar juntos mucho trabajo de campo en zonas suburbanas de la Delegación Iztapalapa en la Ciudad de México, levantábamos un censo de salud apoyándonos de enfermeras obstétricas para la recolección de información que se hacía directo en viviendas

Todas las mañanas el Dr. Valero, un equipo de 11 enfermeras y yo, nos transportábamos en una camioneta combi, propiedad del CIMI-GEN, a las diferentes comunidades y cada determinado número de calles un par de enfermeras se bajaban de la unidad y comenzaban a aplicar encuestas de casa en casa. En total, lográbamos un promedio de 50 encuestas de caso por día (pues hacíamos un historial clínico por cada miembro de la familia que vivía en la misma casa y muchas veces había más de 8 miembros por hogar), al final del día la camioneta, que conducía yo, volvía a pasar por cada una de las 5 parejas de enfermeras (y su supervisora), al mismo sitio donde se habían quedado a trabajar al inicio del día y nos reuníamos en el hospital para avanzar en trabajos de codificación y captura al cierre de cada jornada.

Esa rutina se repitió de lunes a viernes durante un promedio de 4 meses ininterrumpidos. A lo largo de los trayectos de ida y vuelta tuve la oportunidad de conversar mucho con el Dr. Valero y de conocerlo más a profundidad: él me solía platicar de la impresionante cantidad de cirugías (cesáreas, más específicamente), que practicaba cada semana en los diversos hospitales públicos en los que trabajaba y de los tiempos record que había logrado marcar, en cada cesárea, tras la enorme práctica acumulada. Un día, ya entrados en amistad, me confesó que no sabía manejar y que su estatura no le ayudaba a acomodarse con los vehículos (es un hombre muy bajito y de brazos y manos muy pequeñas), pero que, sin embargo, era una de sus grandes ilusiones en la vida aprender a manejar. Sabiendo ese dato le propuse un trato: “Doc., qué



te parece si yo te enseño a manejar la combi del CIMI-GEN y tú me invitas un día a una cirugía para lograr un registro fotográfico que me permita ilustrar los datos y trabajos de la encuesta una vez que la analicemos y publiquemos oficialmente”.



Y así quedamos, al día siguiente iniciamos las clases de manejo y tras una serie de adaptaciones a la palanca de velocidades y a los pedales del acelerador, del freno y del clutch -para que el Dr. Valero pudiera tener todo a su alcance- iniciaron las tan esperadas clases de manejo. Durante semanas me empeñé en enseñarle cómo conducir la combi y los intentos fueron estériles, no había manera de que lograra coordinar el movimiento entre el acelerador y el clutch, al tiempo en que debía mover la palanca de velocidades para hacer el cambio y revisar su espejo retrovisor e iniciar la marcha del vehículo

El Dr. Valero se dio por vencido y desistió de la idea de algún día poder conducir un auto: “Eduardo, me dijo seriamente, me doy por vencido. Gracias por el empeño y dedicación pero esto de la manejada no es para mí, ¡me rindo! Pero no olvido mi promesa, el próximo viernes tengo cirugía y ya he avisado que entras conmigo a quirófano, trae tu cámara”.

Y fue ahí cuando entraron mis prejuicios: “¿cómo es posible que un médico cirujano, que diciéndose experto y veloz en realizar una cesárea, que debe tener una precisión quirúrgica para manejar el bisturí, para suturar y para manipular órganos blandos de una paciente, pueda a la vez tener este nivel de torpeza y descoordinación al frente de un simple vehículo?. ¡Esa cirugía va a ser un desastre, conjuré!”

El día tan esperado para mí llegó, entré a la sección de esterilización a ponerme mi pijama de quirófano, a lavarme las manos y a aprender cómo colocarme los guantes, cómo cerrar la llave del agua usando el mecanismo de extensión para no tocar las llaves con las manos sino con el antebrazo, dónde y cómo pisar para no contaminar mis botas de cirugía, etc. Todos los médicos ahí presentes fueron muy amables conmigo, me explicaban la estructura y organización del quirófano, la función de todos y cada uno de los ahí presentes



y me indicaron dónde colocarme para no estorbar y lo que estaba prohibido y permitido hacer en dicho lugar.



Segundos después de recibir todas mis instrucciones se abrieron las puertas del quirófano y una diminuta persona, también con su pijama de quirófano entró en el lugar y todos los médicos le mostraban respeto. Se trataba del Dr. Valero que entraba con gran aplomo, dominio y seguridad al recinto, y debo decir que parecía ser correspondido por todos ya que, de una manera muy sutil y casi imperceptible, hacían una reverencia e inclinaban un poco la cabeza ante su llegada.

Los campos estériles se colocaron alrededor del vientre de la paciente y la asistente de cirugía bañó de benzal (antibenzil) toda aquella zona de piel que habría de ser abordada. En ese instante el Dr. Valero, que no había dicho ni media palabra desde que llegó al quirófano, dijo en voz alta y firme, “Me voy...”. Mis prejuicios seguían a todo galope y se incrementaban juiciosamente: “claro que se va, pensé yo, este hombre quiere huir porque no debe saber operar, si no puede controlar un auto menos podría con una cirugía”. Seguía yo en esa lógica de pensamiento cuando escucho a la ayudante decir “no Dr. Valero, por favor, espere...” esas palabras confirmaban mi teoría de la huida que estaba por suceder. En ese momento, observo que la instrumentista acerca un pequeño banco a un costado de la plancha de quirófano y el Dr. Valero vuelve a decir, “ahora sí, me voy, me voy...”. Y yo no dejaba de sufrir por aquella mujer a quien yo imaginaba ya abandonada a mitad de la cirugía como a novia que dejan plantada al pie del altar. Lo peor de todo es que yo me sentía con la obligación moral de asistir a tan indefensa mujer y de no dejarla ahí postrada y vulnerable a su suerte, todo ello a sabiendas de que yo no era médico y que no tenía claro qué podría hacer por ella.

El Dr. Valero dio un paso al frente, subió en el pequeño banco y volvió a exclamar “me voy”...¡Y en ese instante comenzó la magia!:

El Dr. Valero logró una incisión profunda y perfecta con un solo corte y de una sola intención. El vientre de la paciente se abrió y las diminutas manos del Dr.





Valero comenzaron a moverse ágil, precisa y hasta armónicamente dentro de la cavidad abdominal, era sorprendente la destreza y coordinación con la que el Dr. Valero abría capas, colocaba pinzas, limpiaba los fluidos con gasas y me iba mostrando los colores, texturas y tamaño de órganos, músculos, tejidos y piel. Era sorprendente y admirable la habilidad de aquel hombre para manejar los instrumentos, para suturar, para dar órdenes y monitorear a la paciente al tiempo que me mostraba y explicaba los procesos y las maniobras que iba efectuando, parecía que el Dr. Valero había sido tocado por las musas y por los ángeles, era casi poética su actuación y ante mi apareció un gigante de la cirugía.

Más me tardé en preparar lentes y filtros de mi cámara para tomar las mejores fotos desde los mejores ángulos posibles, que lo que el Dr. Valero tardó en quitarse los guantes, salir del quirófano y mostrarme orgulloso el cronómetro de su reloj. ¡La cirugía se efectuó a la perfección en tan solo 15 minutos y la sutura exterior podía ser la envidia de cualquier sastre que presume hacer zurdido invisible!

Entendí que dentro de la cultura y de los usos y costumbres de la comunidad médica, la expresión “me voy” tiene un significado muy claro, que existe un lenguaje propio y distintivo que emplea metáforas y modismos para designar las actividades cotidianas de los médicos y recordé entonces mis clases de etnolingüística y la premisa de que hay una gran diferencia entre “lo que quiere decir” tal palabra y “lo que quieres decir” con tal palabra.

Podemos afirmar que la analogía sigue siendo una de las formas privilegiadas para acercarnos al fenómeno de la realidad, una realidad que es expresada en sentido lingüístico. De ahí la importancia de las metáforas como formas de expresión y de que nosotros, como investigadores, seamos capaces de entender la relación entre lenguaje, cultura y comunidad para poder entender y analizar lo que se estamos estudiando. Volví a retomar mi invitación al Dr. Valero para reanudar las clases de manejo, esta vez lo hicimos con un automóvil -y de transmisión automática-. Hoy en día el Dr. Valero conduce, tan hábil y poéticamente como efectúa sus cirugías, un flamante auto de origen japonés y se desplaza con gran destreza por ciudades y carreteras de este país. Mi reconocimiento y admiración a tan singular personaje.



Por Soc. Eduardo Villegas

Por favor... ¡no lo despertemos!



Hace apenas un mes, y por razones de trabajo, me tocó recorrer la mitad del estado de Veracruz y me sorprendió la tasa de desempleo manifiesta en cada uno de los grupos de enfoque que realicé en el norte y centro de la entidad: desde Tuxpan hasta Martínez de la Torre, pasando por la capital Xalapa. Entre 3 y 4 participantes de cada uno de los grupos que estaban compuestos por 8 personas se declaraban abiertamente como desempleados: cifra verdaderamente alarmante aún en una muestra cualitativa que de validez y representatividad estadística no tiene nada, ¡lo sé!

El dato se vuelve más relevante si comparto a los lectores de este espacio que hace algunos años, cuando por casualidad me tocaba que a mis grupos asistiera una persona desempleada, ésta difícilmente lo reconocía frente a los demás, había una especie de pudor o vergüenza de presentarse así ante los demás (como si dicha condición no dependiera de factores macro económicos, aunque así fuera, sino únicamente de una incapacidad personal para conservar el empleo o de la falta de talento para obtenerlo).

En esta ocasión en Veracruz mi sentir fue totalmente diferente, cada uno de los 3 o 4 integrantes de mis grupos en condición de desempleo necesitaban decirlo, necesitaban desahogarse y manifestar ante el grupo su desesperación, tristeza e impotencia. Les resultaba necesario hacer catarsis y ante cada mención de su situación ir liberando cierta presión y cierto coraje. Ya no sólo era inútil preservar el anonimato de una “incómoda” posición de desempleado, sino muy por el contrario, se volvía indispensable alzar la voz, imponer una queja social y dejar constancia de la rabia que se suele experimentar frente a la falta de condiciones para la generación de empleos y de salidas viables para las familias.

También me resultó preocupante, durante ese viaje, la cifra de niños que dejan de asistir parcial o totalmente a clases para apoyar a los padres en ciertas labores agrícolas (desde la pizca, el desvare, la fumigación y la cosecha,





hasta el barbecho y la preparación de la tierra para el siguiente ciclo), así me lo manifestaban las propias madres o jefes de familia con un racional muy claro e inobjetable: para ellos resultaba mejor meterle una pellizcadita al tiempo y a la energía de los hijos, que dejarle un gran boquete a la economía familiar por contratar a un jornalero de tiempo completo para apoyarles en sus labores agrícolas

El diario de Poza Rica, en su edición del 5 de junio del 2014 daba cuenta incluso de que muchos estudiantes de escuelas privadas han decidido suspender totalmente su matrícula escolar para aligerar la carga económica a sus padres. El trabajo infantil se contextualiza principalmente en las zonas rurales. En México, del total de niños ocupados laboralmente, el 69.9% vive en dichas zonas mientras que los 3 de cada 10 niños mexicanos restantes habita en las ciudades

Y aunque durante los últimos tres años la población infantil ocupada laboralmente logró disminuir en casi 6 mil menores, todavía más de 3 millones de niñas y niños mexicanos realizan alguna actividad económica, lo que representa una tasa de ocupación de 10.5 por cada 100 niños, reveló el INEGI. También revelador resulta el dato de que aproximadamente el 47% de dichos niños no recibe retribución económica aun cuando casi el 30% tiene jornadas de 35 y más horas a la semana. Pero, como ya habíamos señalado, si recibieran una paga se estaría haciendo ese gran boquete a la economía familiar: El 40.9% de la población infantil ocupada declaró hacerlo por necesidades en sus hogares o para contribuir en el gasto de la casa

Sumadas estas dos realidades que crecen exponencialmente en todo nuestro país (altas tasas de desempleo y deserción escolar por población infantil ocupada en faenas laborales), junto con una sensación de desesperanza, de falta de rumbo y de cancelación de un futuro prometedor, fueron los fantasmas que me acompañaron por las calles de Tuxpan cuando caminaba y reflexionaba acerca de esta triste realidad que atravesamos como mexicanos.

Caminé y caminé absorbo en mis propios pensamientos hasta que fue ano-



checiendo y tuve que voltear hacia arriba en busca de referentes para ubicarme respecto a en qué calle estaba y qué dirección me convendría tomar. Mientras caminaba y pensaba una serie de sucesos se fueron apareciendo velozmente en mi cabeza y supe que un mensaje se estaba gestando:



Primero, se dibujaban en mi mente los rostros de los participantes que con tristeza e impotencia reconocían pública y enfáticamente su condición de desempleados. Después, recordaba las frases de los padres de familia que demandaban tiempo y esfuerzo de sus hijos en la parcela, pese a que ese hecho les obligara a ausentarse del aula de clases. En seguida, leía un encabezado del periódico que mencionaba el incremento en las cifras de inseguridad y al lado la nota del Diario de Poza Rica con los datos de la ocupación laboral infantil

También recordé la letra de una canción del poeta y canta autor uruguayo Alfredo Zitarrosa que decía algo así como “Crece desde el pie la semana crece desde el pie, no hay revoluciones tempranas crecen desde el pie”. Y finalmente, mientras caminaba apareció el letrero de la calle en la que me encontraba, la Av. Jesús Reyes Heróles.

Ese último hecho me llevó a recordar una frase célebre de este político, jurista e historiador mexicano que fue pronunciada hace más de 35 años y que se liga perfectamente con todos los argumentos anteriores y con la letra de la canción de Zitarrosa. En resumidas cuentas, la frase de Reyes Heróles decía “No despertemos al México Bronco”, y con mayor precisión: “Pensemos precavida y precautoriamente que el México bronco, violento, mal llamado bárbaro, no está en el sepulcro, únicamente duerme. No lo despertemos pues todos seríamos derrotados.”

Y es cierto, frente a un colectivo bronco, violento, bárbaro y con hambre no hay posibilidad de dialogar, de negociar y de generar acuerdos. Es preciso que todos como sociedad encontremos a tiempo (y creo que aún lo estamos, pero en el límite), las salidas hacia una sociedad más justa, más equitativa, menos monopólica, más ciudadanizada y educada y mejor alimentada.

Por favor, hagamos conciencia y no dejemos que ese México se despierte de su aletargamiento!



Una luz de esperanza!

La recuperación del negocio familiar



Me gustaría dedicar estas líneas a las tan famosas, relevantes y cada vez más escasas “tienditas de la esquina”, “tiendas de abarrotes” o “changarros”.

Enclavadas en el corazón de un barrio o colonia, en una comunidad rural o en un pequeño poblado, las tienditas de abarrotes o changarros cumplen funciones sociales importantes y muchas veces no reparamos en ello: actúan lo mismo como lugares de reunión y socialización, que como puntos de guía y referencia al transitar por la zona y pedir indicaciones en busca de una dirección.

Se convierten en “naturales puestos de vigilancia” vecinal que dan cuenta de la llegada de personas ajenas a la comunidad o del movimiento sospechoso de vehículos , y operan lo mismo como refugios para resguardarse de la lluvia, del sol, de los ventarrones o de cualquier inclemencia del tiempo que como espacios seguros cuando los vecinos se sienten amenazados o perseguidos por alguien: muchas veces escuché anécdotas de estudiantes de secundaria o de prepa, de niños o preadolescentes e incluso de mamás que al bajarse del autobús o al doblar la esquina y alejarse de su casa aceleraban el paso para ponerse a salvo de algún malhechor que pudiera venir persiguiéndoles, el sólo hecho de poder decir en voz alta a la encargada(o) “buenas tardes Doña Perla” o “cómo está hoy Don Esteban”, bastaban para ahuyentar al posible agresor. Es por ello que muchas de estas tienditas han operado como centros de información del acontecer de sus pobladores (algunas aún desempeñan esta función en pequeñas comunidades del país)

Y es que la encargada(o) del changarro no sólo era una comerciante más, era también nuestra vecina y en ocasiones hasta un familiar, compartía los mismos problemas, las mismas carencias y hasta las mismas alegrías, sabía que el buen servicio, la camaradería y la hospitalidad eran fundamentales para conservar y atraer a la clientela, pues había que convertir al establecimiento en el preferido de los vecinos: en muchos casos era común tener hasta dos o tres tiendas de este tipo a lo largo de una misma cuadra.





La abundancia de tiendas en una misma manzana obligaba incluso a sus dueños a diversificar y ofrecer más y mejores servicios: artículos de miscelánea, de papelería, fotocopiado y en ocasiones hasta productos de ferretería y farmacia. Los productos exclusivos o de manufactura in situ (galletas, gorditas, tortas, pan casero, frutas enchiladas o caramelizadas, etc.), además de ser más rentables le imprimían ese toque personal al lugar y obligaban al changarro de enfrente no sólo a igualar sino a superar la oferta: la innovación era el motor que daba vida y progreso a los establecimientos y que fomentaba una clara relación de ganar-ganar para la comunidad: en variedad de productos, en servicio, en seguridad, en convivencia social.

Los dueños de estos establecimientos eran también los amos y señores de las decisiones y de la dinámica del lugar, de los productos que se vendían, del acomodo y decoración de la tienda y del tipo de políticas para con sus proveedores: horarios y días de visita, cantidad de producto entregado y surtido del mismo (según sabores, variedades y gustos de su clientela), así como de los montos de inversión que habrían de destinar a cada proveedor.

Otra de las grandes bondades de las tiendas de abarrotes es que se constituyeron, durante décadas y décadas, en una importante alternativa de acceso al negocio propio para aquellas personas o familias que carecían de empleos formales, de formación profesional o títulos universitarios y/o de grandes capitales como para invertirlos en negocios de proporciones mayúsculas.

Más aún, el capital que eventualmente algún miembro de la familia obtenía como liquidación laboral, bien servía como capital de arranque para pagar la renta de un pequeño local, o hacer ajustes a la accesoria o cochera, y para surtir de las mercancías mínimas para su pronta inauguración

Pero sobre todas las cosas, no debemos olvidar que las tiendas de abarrotes se convertían también en sistemas financieros tradicionales que no sólo permiten el sustento de aquellas familias que habían invertido en ellos y que los atienden sin descuidar del todo a sus propios núcleos familiares (pues podían darle una vuelta a los hijos, checar la cocción de los alimentos, ver de reojo la



telenovela o el partido de fútbol y supervisar tareas), sino que operaban también como espacios de préstamo para su clientela cautiva, a través de otorgar “el fiado” o el “crédito a la palabra”.



Esto último gracias al hecho de que el sujeto al que se le otorgaba el crédito y/o sus familiares (ya sean niños o adultos), eran reconocidos como oriundos del lugar y, por tanto, como “gente de fiar”. Bastaba con que los clientes estuvieran de acuerdo con que su nombre o apellido apareciera anotado en una pequeña libreta o pedazo de cartón, junto con el monto de lo fiado, para que el milagroso acto de con-fiar en el otro cobrara fuerza y, junto con él, la certeza de que el préstamo sería pagado. Muchas veces, durante mi infancia, ese crédito a la palabra me salvó de pasar horas de hambre cuando mis padres se encontraban fuera de casa o cuando tenían que salir corriendo al médico porque alguno de sus cinco hijos se había descalabrado o fracturado un brazo. En esos momentos agradecí el que la encargada de la tienda “El Paraíso”, me anotara en la lista y me fiara un jugo y una torta.

Hoy veo con tristeza cómo la célebre tiendita de abarrotes o el changarro comienza a desaparecer, veo cómo la proliferación de tiendas de conveniencia ha invadido las calles y ha estrangulado y reducido al mínimo ese espacio de acción del changarro. Veo con cierta impotencia cómo la encargada del establecimiento ha perdido poder de decisión y son ahora los proveedores de mercancías quienes deciden el acomodo del lugar, el tipo de productos a surtir, la frecuencia de las visitas al establecimiento y hasta el monto a invertir... ¡el poder de decisión “del changarrero” se ha visto mermado y ha perdido fuerza!.

En un estudio de semiótica de los espacios que realicé hace unos meses detecté como el territorio de dominio del tendero sobre su tienda se ha reduce a escasos centímetros alrededor del área de la caja y cada vez cuenta con menor campo de acción para ofrecer productos de elaboración casera que, sin duda, son los que le otorgan un mayor margen de utilidad que la que tienen los productos pre empacados

Y es que las ventajas y beneficios comerciales que las tiendas de convenien-

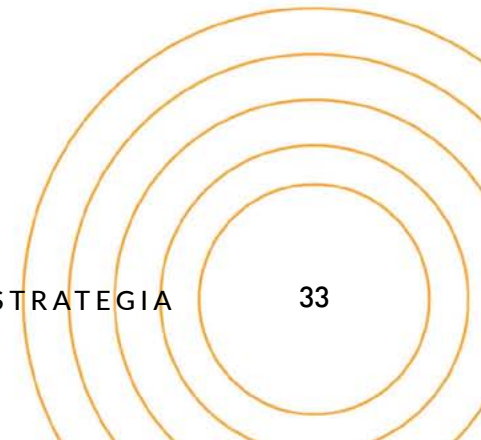




cia trajeron consigo (amplios horarios de atención, grandes áreas de refrigeradores, recepción de gran variedad de pagos de servicios, compra de boletos de autobús, sección de vinatería, etc.), más la capacidad económica para expandirse y proliferar exponencialmente en todas las colonias, calles y avenidas del país han propiciado esta merma en la subsistencia de la tienda de abarrotes y de todos los beneficios y ventajas económicas y sociales que ya hemos abordado aquí

Ahora bien, se ha abierto una luz de esperanza para la tienda de abarrotes o el changarro gracias a la alianza de Grupo Bimbo y su red Quiubo (que abarca gran parte las tienditas del país), en colaboración con Blue Label y Visa para instalar, durante lo que resta de este año, terminales punto de venta en aproximadamente 70 mil de los más de 1.6 millones de establecimientos en todos y cada uno de los municipios de México a fin de convertirlos en negocios adquirentes. Terminales punto de venta que, por cierto, además de ofrecer el pago con crédito o débito podrán permitir también la recepción de pago de diversos servicios (luz, agua, teléfono, etc.), la compra de tiempo aire y, ojalá, la contratación de pasajes de autobús, entradas a eventos culturales y recreativos etc.

Este hecho pudiera marcar el resurgimiento del changarro o tiendita de la esquina que, sin duda alguna, sigue siendo parte medular del sustento de miles y miles de familias del país. Ahora queda esperar una enorme sensibilidad y prudencia por parte de esta alianza y de los miembros que la componen para que las comisiones al establecimiento sean mínimas y para que el reembolso del volumen de voucher llegue pronto evitando que el tendero sea quien financie, pues de lo contrario, ambos hechos (financiamiento y comisiones), acabarán por catapultar a este bondadoso y legendario negocio familiar!



Yo me la rifo!

Don Blas, filosofía de vida



Regresaba hacia la oficina después de comer y en mi tradicional caminata vespertina que suele ser siempre bastante lenta y recreativa, casi como deseando eternizar esos escasos minutos que aún me quedaban libres antes de volver al trabajo. Era una tarde muy agradable, un poco de viento y un sol que reconfortaba en pleno otoño lluvioso, así que decidí sentarme unos minutos en una banca del parque público detrás de la oficina.

De repente un vendedor de Lotería se acercó ofreciéndome “el esperado, el de la suerte”. Se trataba de un billete con terminación 7 que, según él, sería el afortunado pues hacía semanas que el siete no salía premiado ni con reintegros. El hombre se veía realmente afligido por una semana muy baja en sus ventas y el hambre que le calaba hasta los huesos. Decidí comprar 3 cachitos de \$30 pesos cada uno y tras su tradicional persignada con el billete de \$100 en mano, sonrió y me dijo “como verá es mi primera venta y voy a poder comer un taquito”, por supuesto que le pedí que me deseara buena suerte con mis tres cachitos de lotería y que se quedara con el cambio. Imaginé que ahí acabaría nuestro encuentro.

“Si no le importa me voy a sentar unos minutos aquí, en la banca donde está usted, a recibir un poco de sol pues me hace bien, no he logrado descansar en días y me duelen todos los huesos”, me decía al tiempo que se acomodaba en la banca

Y así empezó para mí la historia de Don Blas, un hombre de aproximadamente 50 años de edad, sumamente delgado y visiblemente maltrato en su paso por la vida, lo que hacía que aparentara mucha más edad de la que en realidad tenía. Me contó que era originario de Sonora y que tras enterarse de la grave situación de salud de su madre (quien radicaba en la Ciudad de México), había decidido viajar en su vieja motocicleta y “atravesar nueve estados de la República Mexicana, para al menos alcanzar a decirle adiós”. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y la piel de sus delgados brazos aún se erizaba de tristeza al recordad no sólo la pérdida de su madre sino la serie





de duelos que había venido experimentando desde que salió de Sonora. “Me la rifé, joven, y no alcancé a decirle adiós como era debido, cuando llegué ya había fallecido y la ahijada que ella tenía y que fue quien me avisó de su condición de salud, logró juntar algunos pesos para la marcha y el panteón...” Hacía una pequeña pausa tan sólo para limpiarse las lágrimas con sus propias manos y luego frotarlas contra el pantalón para poder continuar “... mi moto se fue descomponiendo en el camino, la poca lana que traía la fui usando para hacerle arreglitos y poder continuar. Llegó un momento en que me quedé sin comer y pasé mucha hambre y frío en las carreteras y los tramos de terracería. Le pedí a una tía que vendiera mis tiliches y mi tele y que me mandara el resto del dinero para alcanzar a llegar a la capital y me robaron ese dinero. Ya llevo tres años aquí, joven, y no he podido levantar cabeza”. La historia de Don Blas era desoladora y cada frase que él decía era aún más cruda y desgarradora. La venta de billetes de lotería se había convertido en su única posibilidad de obtener algo de dinero “antes de caer en la tentación de comenzar a robar, eso si no joven, no me lo perdonaría mi madre que en paz descanse”.

Don Blas había logrado sentirse tan a gusto al ser escuchado y al poderse desahogar que no dudó en comentarme que estaba tratando de juntar dinero para irse a curar de un problema en la piel que desde que inició el viaje a la capital se le fue presentando. Me mostró las manos y los hombros y después, sin ningún empacho y en plena vía pública, se bajó los pantalones hasta las rodillas y me mostró las llagas en los muslos y glúteos. Se trataba de un Herpes Zoster terriblemente avanzado que lo doblaba de dolor y le impedía descansar adecuadamente “Pero yo me la rifo, joven, todos los días me levanto con la esperanza de vender más cachitos de lotería o de sacarme la lotería si uno de los cachitos que no vendí sale premiado ´...”

No he vuelto a ver a Don Blas, el vendedor de sueños y esperanzas, y no he dejado de buscarlo en los diversos parques, paradas de autobús y sitios públicos alrededor de la oficina, pero me gustaría detenerme a reflexionar junto contigo en los millones y millones de Don Blas que diariamente se la rifan en el azaroso juego de la vida





ÍNDICE



Para 2012 se reportan 53.3 millones de personas en situación de pobreza y más de 18 millones de mexicanos sobreviven con un máximo de 2 salarios mínimos. Aunque la ocupación informal es un fenómeno que afecta a todo el país, la mayor ocupación Informal se encuentra en estados con mercados de trabajo menos desarrollados: según INEGI en su Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, al frente se encuentra Oaxaca con 81.2% seguido de Guerrero con 79.4% y Chiapas con 78.2%. El estado con menos ocupación informal es Nuevo León 39.5% y Querétaro se encuentra entre las primeras cinco entidades capaces de generar mayor cantidad de empleo formal con un 44.9%

Pero todos estos datos pueden parecerse eso, sólo cifras, hasta que no los logramos hacerlos tangibles en historias concretas y cercanas. La de Don Blas es, sin duda, la historia de la miseria con rostro, la desavenencia y la desolación, una historia que pese a que la aplastante realidad se encarga de demostrar lo contrario, las inviabilidades, los sueños y las ilusiones no desaparecen sino que se encarnan en la piel aún con mayor fuerza, esperando el día en que por fin puedan ser dados a luz y así, salir a rifársela!

